

VEINTICINCO AÑOS VISTOS DESDE AHORA.

Jordi Solé Tura

Según se mire, veinticinco años son muchos y son pocos, sobre todo cuando se han vivido intensamente. Yo he tenido la fortuna de vivirlos así y por ello las conmemoraciones sólo me interesan de verdad cuando me llevan a los momentos realmente vividos y no cuando se convierten en recuerdos de cartón piedra.

Afortunadamente, las primeras elecciones de la democracia no tienen nada de recuerdo nostálgico. Son un momento decisivo de la historia política de nuestro país y de nuestra trayectoria personal. Y si me preguntan sobre ello contesto sobre lo uno y lo otro con tres referencias: el mitin del PSC-PSOE en la Monumental, con la presencia de un joven y espectacular dirigente llamado Felipe González; el mitin del PSUC en el Parque de la Ciudadela con un Santiago Carrillo surgido de las tinieblas de cuarenta años de clandestinidad y el cartel de propaganda del PSUC con la imagen de un obrero en blanco y negro, las manos abiertas y un eslogan extraordinario: "Mis manos, mi capital"

Aquello fue un momento irrepetible, un estallido de entusiasmos hasta entonces reprimidos, una apertura de miles de puertas cerradas a cal y canto por la dictadura de Franco, una bocanada de aire nuevo y un grito de libertad que salía de millones de gargantas hasta entonces enmudecidas. Los mítines se convertían en fiestas y las fiestas en nuevas esperanzas. Y así hasta el día y la noche de las primeras elecciones.

El resultado de éstas fue una mezcla de voces y de suspiros, de entusiasmos y de desconsuelos. A mi, por lo menos, me tocó todo ello. Yo era entonces un candidato y un dirigente del PSUC. Salí elegido y ello me entusiasmó. Pero no fuimos la fuerza más votada y aquello me entristeció. Y cuando a altas horas de la noche la dirección del PSUC decidió enviar a algún miembro de la dirección a felicitar al PSC-PSOE fui yo quien aceptó hacerlo, no sólo porque tenía muchos amigos en el socialismo catalán sino porque pensaba que la izquierda había ganado ampliamente en Catalunya y aquello era un gran paso adelante frente a una derecha que había ganado en el conjunto de España.

El problema estaba, pues, en el ámbito español. Fuera de Cataluña y de Euskadi, en aquella España nueva iba a gobernar un centro-derecha que no era desde luego la continuación del franquismo pero que mantenía resabios del mismo. El socialismo había conseguido un excelente resultado pero fuera de Cataluña el Partido Comunista se había convertido en una fuerza menor, la tercera en el Congreso de los Diputados y a gran distancia de las dos primeras, la UCD y el PSOE. La izquierda española era pues una izquierda no mayoritaria, ampliamente liderada por un PSOE que no necesitaba el apoyo del Partido Comunista y el papel político de éste quedaba reducido a una acción secundaria.

Hubo un momento, sin embargo, que valió por muchos miles de momentos más. Cuando se constituyó el nuevo Congreso de los Diputados, limpiado de los restos del franquismo y abierto a todo lo nuevo, la primera acción fue la puesta en marcha de la presidencia y de las vicepresidencias. Para ello había que constituir una presidencia inicial, en la que los

2

vicepresidentes tenían que ser nombrados en función de su edad y resultó que la diputada y el diputado más ancianos de aquel nuevo hemicycle eran Dolores Ibarruri, la Pasionaria, y Rafael Alberti, miembros los dos del Grupo Comunista. Cuando fueron llamados a subir a la mesa de la presidencia se produjo un silencio sepulcral. Los dos bajaron del escaño lentamente, recorrieron juntos el espacio hasta la escalera de la mesa presidencial, con Alberti dando el brazo a Dolores, la Pasionaria denostada durante tantos y tantos años por los anteriores ocupantes de aquel mismo hemicycle, y se sentaron solemnemente en las dos vicepresidencias. Fue un momento que por sí solo equivalía a muchas páginas de nuestra historia y que expresaba sin más el sentido profundo del gran cambio político que acabábamos de poner en marcha con las primeras elecciones.

Durante unos meses y, más concretamente, durante la discusión y la puesta en marcha de la Constitución, se mantuvo en el Congreso y en el Senado un espacio en el que todas las fuerzas políticas presentes podían participar. Así se hizo, por ejemplo, con la elaboración de la Constitución. Pero poco a poco quedó bien claro que las fuerzas hegemónicas eran la U.C.D. y el P.S.O.E. y que las demás quedaban reducidas a un papel secundario en la puesta en marcha de la democracia.

El PCE lo pagó con una fuerte crisis interna que Santiago Carrillo aguantó con mucha fuerza durante un tiempo pero que acabó estallando en cien pedazos. El PSUC aguantó mucho más por su solidez y por el apoyo social que tenía en Catalunya, pero a la larga entró también en crisis y se rompió en muchos y dolorosos pedazos. Lo demás, es conocido.

Hoy, a veinticinco años de aquella extraordinaria peripecia, de aquella sensacional salida de las catacumbas del franquismo, todo aparece como lo que realmente es pero en términos de historia. El panorama actual es una mezcla de aquello y de lo nuevo, con tendencia a mirar el pasado como una simple parte de los manuales de la historia moderna. En Catalunya lo más sólido se mantiene, como por ejemplo, el PSC, CiU, ERC y algunos de los restos de aquel momento sensacional, como Iniciativa per Catalunya. Otros, casi inexistentes entonces, recogen elementos de aquella derecha rota en pedazos y los integran en otros de una derecha que tiene un pie en el pasado y otro en el presente, como el P.P. En el conjunto de España está clara la hegemonía del mismo P.P. y de un P.S.O.E. que se rehace después de las crisis posteriores al período de Felipe González.

Pero el entusiasmo de hoy está muy lejos del de aquellos momentos creadores, cuando se salía de los cuarenta años de franquismo y se oteaba el futuro como una fase nueva de nuestra historia y de nuestras vidas personales. Más todavía: si entonces estábamos dispuestos a todo para salir del trágico infierno en el que nos encerró el franquismo, hoy parece como si se aceptasen algunas partes de aquel pasado, repintadas y modernizadas, en nombre de un concepto tan ambiguo como es la llamada globalización y de un sistema tan desagradable como es el de ordeno y mando. En aquellos momentos iniciales supimos trabajar juntos, incluso con personas que habíamos sido enemigos durante el franquismo. Hoy cuesta mucho trabajar con personas que entendemos por adversarios pero que son capaces de insultar y de menospreciar infinitamente más que los enemigos de antes.